



EDITORIAL

Pinceladas y contrapuntos: solfas y bemoles de la relación entre estudios literarios y estudios sobre las artes tras los estudios culturales

A COUNTERPOINT BETWEEN LITERARY STUDIES AND ART STUDIES AFTER CULTURAL STUDIES

PINCELADAS E CONTRAPONTO: SOLFEJO E BEMÓIS DA RELAÇÃO ENTRE ESTUDOS LITERÁRIOS E ESTUDOS SOBRE AS ARTES APÓS OS ESTUDOS CULTURAIS

Mónica María del Valle Idárraga*

Miembro del Comité Editorial

Desde que aparecieron con fuerza en el panorama crítico latinoamericano, los denominados estudios culturales han tenido un efecto benéfico innegable sobre las áreas de conocimiento centradas en lo humano y lo social, pues han sido la chispa de un sinnúmero de debates en torno a objetos de estudio, enfoques de trabajo, relaciones entre áreas y, en especial, en torno a los alcances éticos y políticos de la investigación y la producción de saber en estos campos de saber. Si en unos años, al recapitular su historia, halláramos que esa fue su única función, tendríamos que reconocer que fueron una tramoya de singular y extraordinaria calidad. Por lo menos para los estudios literarios en Latinoamérica, ese llamado a la reflexión disciplinar y la paleta de asuntos que hemos tenido que plantearnos en consecuencia son de todo punto necesarios y oportunos.

* Profesora del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Magister en Literaturas Hispánicas y Doctora en Estudios Culturales Hispánicos. mdelvalle@javeriana.edu.co.

Es por ello que, para esta área en concreto, y para los estudios sobre artes visuales, artes escénicas y música, es de escasa relevancia la pregunta sobre cuál escuela de estudios culturales se adopta: la inglesa o la estadounidense. A fin de cuentas, insisto, nuestro provecho está cifrado en los cuestionamientos que por su impulso han empezado a palpitar, y en las partituras que se empiezan a configurar a partir de ese latido. No digo que el problema del método y el rigor del trabajo en las humanidades sean desestimables. Digo que, a diferencia de la sociología, la antropología y demás disciplinas, cuya trayectoria y objeto distan considerablemente de nuestras propias búsquedas y hallazgos, los estudios sobre literaturas y artes cosechan frutos de otra índole en esa sensibilización que los estudios culturales les han producido hacia su quehacer y hacia sus bordes y fronteras.

Aquellas áreas bien pueden prescindir de lo sensible (o pretender que lo hacen). No así los estudios que se ocupan de las artes, pues ese es uno de sus lugares de inflexión más efectivos, es uno de sus lugares de enunciación y de realización de un trabajo que hoy más que nunca tiene todas las condiciones para ser un trabajo político. Variando el fraseo, así como las artes intervienen en el mundo social y subjetivo en gran medida desde lo inefable, los estudios que las tienen por tema o por objeto se ven convocados a usar dos capas de color: decir de ellas con rigor y decir sin dejarlas en rigor mortis, expropiadas de eso indecible donde reside parte de su potencia. No hay en esto un gesto elevado, ni la connotación de aristocracias disciplinares, sino el reconocimiento de otros procedimientos, otras dimensiones de impacto, otras flaquezas y otras robusteces.

Unas más que otras, las artes han sido propensas a los desbordamientos: en ocasiones bajo la forma de coqueteos y guiños, como cuando la pintura plasma intérpretes en acción o cuando las narraciones adoptan y adaptan técnicas y montajes fílmicos o cuando las escenas móviles de un Matthew Barney se vuelven cuadro o escultura quieta en una sala de museo; en otras ocasiones, de modo más compenetrado, como ocurre con la música en el teatro o en el cine, e incluso con la danza, que en su forma más básica de gesto con ritmo, se deja ver en la pintura de un Jackson Pollock.

En nuestro lado del mundo, y desde hace años, claro está, los creadores también han instrumentado contrapuntos: entre la pintura y la poesía, como Jorge Eduardo Eielson, Héctor Rojas Herazo o Derek Walcott; entre la situación insufrible de un mundo de gente y las tablas, como Augusto Boal o Enrique Buenaventura o el colectivo Sistren de Jamaica; entre el performance del cuerpo en la escena política y ese performance en la escena de la página, para reclamar derechos y denunciar atropellos, como hace el magnífico Pedro Lemebel o un Ernesto Cardenal; entre las gargantas que gritan y cantan, del reggae y el dub poetry, y los ojos que leen callados, y sólo para sí, a la luz de la lamparita en una habitación en la alta noche.

Los encargados de recibir y traducir esas manifestaciones desbordadas han sido más bien lentos, tercios y miopes: la crítica literaria latinoamericana, por ejemplo, que ha

insistido en que se precisa buscar otro punto de mira, en que es lícito proceder al revés de lo estatuido por esferas científicas o ajenas a nosotros, lleva unos cuarenta años dándose topetazos contra objeciones engoladas. La firmeza recalcitrante y torpe de los estamentos críticos, académicos e investigativos ante la propuesta de pensar las herramientas que les calcen a nuestros objetos de estudio, y pensarlas desde la historia y el contexto de tensiones que las dan a luz, se desvanece bobaliconamente cuando se trata de adoptar ideas foráneas, métodos ajenos y de talla impropia. De ahí, la proliferación de formas de lectura que no hallan resistencia, pero tampoco arrojan mayor luz sobre estos procesos de creación ni sobre obras que cruzan fronteras a voluntad. Una novela como *La ciudad ausente*. La novela gráfica, donde colaboran un artista gráfico (Luis Scafatti) y un adaptador (Pablo de Santis) sobre la base de una novela de Ricardo Piglia, deja a los críticos algo perplejos, pidiendo un poco más a cada parte para que sea un producto completo. De fondo está, sin duda, una incapacidad de interpretar el híbrido y una postura muy conservadora sobre temas y formatos. Los creadores se han decidido con más atrevimiento que los críticos a cruzar fronteras y, así, el uso de los videos para promocionar una obra (como *Open the Window para que la mosca fly*, de Jaime Espinal) o la disponibilidad de la cámara y del audio para realizar trabajos de creación que salten las cortapisas editoriales o, incluso, las expectativas de literariedad de lo oral, por ejemplo, si son retomadas por los creadores, los condenan a una especie de indiferencia por parte de la crítica, que se ve (o se cree) incapaz de entenderlos.

Los estudios sobre literatura han sido bastante coquetos (no siempre fructíferamente, hay que reconocerlo) con otras áreas, especialmente la lingüística y la sociología, cuyos conceptos y procedimientos usan como anzuelo para pescar interpretaciones de las obras. Esta práctica, pestífera cuando se vuelve mecánica y de corte universalista, deberá ser algo que los estudios literarios superen tras un análisis concienzudo de su razón de ser, de su papel en esta sociedad. Los estudios literarios se presentan como más generosos y complacientes, más dispuestos a oír los aportes de otros saberes, pero eso no implica, por lo general, un diálogo con esas áreas, sino una alienación de las preguntas del área literaria que tendrían que formularse. En este punto, es donde se hace claro que los estudios literarios latinoamericanos precisan afinar su mirada, decidir sus posturas, encarar sus deficiencias y plantear caminos que les ayuden a salir del solipsismo real (aunque bajo apariencia de diálogo) y poder así aprestarse a una conversación sugerente y seria, primero, con el medio en el que se insertan y al cual tendrían que revertir su aporte de conocimiento; y, segundo, con otras áreas, tan cercanas a ella, pues, que palpitan con el mismo latir.

Los estudios sobre las artes comparten entre sí preguntas, tropiezos y hallazgos. Hoy en día, y dada esa afinidad, así como el hecho de que el diálogo con las ciencias sociales está un poco coartado por la sordera y el prejuicio de ellas y, sin duda, por la incapacidad de los estudios literarios para hacerse oír y desbaratar la idea no siempre falaz de que se ocupan de los productos de la alta cultura, los estudios literarios podrían hallar un campo de conversación jugoso en este vaso comunicante con los estudios sobre

otras artes. Ya es suficientemente ilógico y esterilizante que los estudios literarios estén tan alejados (hasta en términos de ubicación en las universidades) de pares suyos en anhelos, perspectivas y posicionamiento como las pesquisas académicas y corporales sobre el papel político de artes como el performance, y de estudios sobre lo popular en la música y en los estudios visuales. Una tarea pendiente para ambos lados, a mi juicio, es difuminar esa distancia.

Los estudios literarios han pasado por sus clímax de esperanza respecto a la posibilidad de sacar su trabajo de los muros del claustro y hacer que alimente las comunidades en que nacen. Pero aún falta. Si empecé hablando implícitamente sobre esa línea mal querida de los estudios culturales que es la línea estadounidense, es porque entre sus empeños y estrategia y los de los estudios literarios y de otras artes en nuestro medio no ha habido históricamente la terrible distancia que ha caracterizado los de otras latitudes. En otras palabras, aunque con nombres distintos, se puede rastrear cierta afinidad de propuestas. Entonces, no es por la novedad que tendríamos que escucharlos, sino por la oportunidad que la aparición de esa vertiente de los estudios culturales en la escena de las modas académicas, sumada a la vertiente crítica y severa que se desprende de las reflexiones de antropólogos, sociólogos y filósofos, y a nuestras propias fortalezas de trabajo, abre para el examen disciplinar en los estudios en artes. Esa oportunidad no es otra que la de repensar los supuestos de trabajo que los guían y hallar caminos por dónde aterrizar su quehacer en su medio inmediato, utilizando enfoques que consideren la apropiación o correspondencia necesaria entre método de análisis y lugar de producción de la obra, y que no dejen de lado la pregunta por los alcances políticos de nuestro trabajo, sino que la hagan un indispensable. En esa línea, los estudios literarios, los estudios visuales, los estudios sobre música y sobre artes escénicas se beneficiarían de desbordarse entre sí, de extralimitarse un poco e interesarse por lo que sucede en cada una de ellas, tanto como de este examen a fondo de sus procederes, miras y objetivos, en un medio donde el arte hace mucho tiempo que dejó de ser un artículo de lujo, para constituir generalizadamente una necesidad para la sobrevivencia.

